


profanos y grafiteros

Artaud, el exiliado

Adán Medellín

El escritor francés Antonin Artaud caracterizado en el papel de Jean-Paul Marat para el filme Napoleón de Abel Gance en 1927. (Fotografía: Lipnitzki / Roger Viollet / Getty Images)



ES FAMA QUE CON LA MISIÓN DE BUSCAR EL BASTÓN DE SAN PATRICIO para devolvérselo a sus pobladores, Antonin Artaud fue deportado de Irlanda en 1937. A su regreso a Francia, el poeta fue arrestado e internado en distintos manicomios bajo la consideración de haber “sobrepasado los límites de la marginalidad”. Así, el exilio psiquiátrico del también actor, dramaturgo y ensayista nacido en Marsella recomenzó en Le Havre, siguió en Ville-Évrard y culminó en el hospital de Rodez entre 1943 y 1946, bajo la supervisión del doctor Gaston Ferdière.

Nueve años de internamiento con terapia de electrochoques y medicinas sumieron a Artaud en estados de debilidad, confusión, angustia y ostracismo. Las primeras dos estaciones dolorosas, “en camisa de fuerza y envenenado en cada comida”, como las describió en sus cartas de Rodez, correspondieron a sus seis años de silencio —o de ausencia de obra— entre 1937 y 1943. Atravesado por periodos de fervorosa espiritualidad y ateísmo recalcitrante, por temporadas de misticismo en su identificación con las aflicciones de Cristo mientras consideraba su internamiento una batalla cósmica entre el Bien y el Mal, pero también por etapas cada vez más críticas en su visión contra la psiquiatría, la terapia y la moral social que lo definían como un “alienado” en su época, los testimonios más entrañables de la vuelta a la escritura de Artaud fueron las misivas que escribió al doctor Ferdière durante sus tres años de reclusión en Rodez.

Ya que el gesto postrero de escritura pública de Artaud antes de su internamiento había consistido en la borradura de su firma de las *Nuevas revelaciones sobre el ser* (1937), las cartas de Rodez atestiguan el retorno al nombre después de su negación, la bitácora de la identidad del poeta que resurge entre las cenizas de las curas y los medicamentos prescritos por la psiquiatría, esa fracción de la sociedad que lo ha confinado al exilio práctico y metafórico tras los muros del manicomio. En su correspondencia, Artaud despierta a la vida luego de la tortuosa fragilidad y la nebulosa mental en que lo sumió la terapia electroconvulsiva, y planta cara poco a poco al aislamiento dictado por las reglas de la salud mental. Sus misivas a Ferdière restituyen su deseo de escribir,

“un movimiento del orden de una decisión íntima, de un “sobresalto” que se da en contra de la conciencia común que ya le ha asignado un lugar fijo, el de “la locura en la que se encierra” y en la que se reduce al silencio”, como acota Jean-Michel Rey en *La naissance de la poésie*, ensayo dedicado al autor marsellés.

Tras la muerte (“Estoy muerto, estoy muerto, estoy muerto”, repetía el poeta dolorosamente en medio de una crisis, “muerto de pena y dolor por haber cargado todos los pecados de los hombres”, en una misiva fechada en agosto de 1939), Artaud vive su resurrección con el nombre de Antonin Nalpas entre las peticiones de cese del electrochoque, la necesidad de baño diario o de un cepillo de dientes, y las quejas nacidas de la convivencia cotidiana con los demás internos del asilo; incluso solicita *A través del espejo*, de Lewis Carroll, para traducirlo con el fin de “encontrar en francés la vida original de su espíritu”, un momento emblemático que hace patente su deseo de volver a la escritura (su versión del capítulo 4 se publicará en la primavera de 1947 en la revista *L'Abalète*).

Estas cartas son la “vida de un poeta internado”, como las define Pierre Chaleix en su presentación a los *Nouveaux écrits de Rodez*, que reúne la correspondencia con el doctor Ferdière, Marie Dubuc y otros textos inéditos. Tanto como le permite la cercanía cordial con su psiquiatra, en estas misivas Artaud vive el reencuentro con su propio lenguaje lleno de imágenes incandescentes, lenguaje atormentado y violentado por la terapia médica de su tiempo. Ahí, Artaud conversa con el dueño de su destino clínico; desliza su reivindicación y su defensa; se ofrece a ser “útil” en ciertas tareas del hospital; pregunta por las carencias de alimento en el contexto de los años de Ocupación durante la Guerra.

En la correspondencia a Ferdière, Artaud también revela su noción de lo espiritual, un ciclo de oscilaciones anímicas que lo tensa eternamente entre el ateísmo y la fe religiosa. Su religión “de mala ley”, como el poeta la caracteriza, contrasta con la legalidad del catolicismo apostólico romano, en una espiritualidad que lo lleva a arrodillarse ante las lápidas de la Catedral de Rodez pero no le impide vituperar sin descanso a los sacerdotes. Acaso en el centro de esta espiritualidad contradictoria, que lo hizo interesarse siempre en el misticismo y la iluminación desde la santidad de Irlanda hasta los ritos de la Tarahumara, late la angustia incombustible que le representó la batalla de asir lo que consideraba su pensamiento auténtico, la dificultad de ser el hombre que era, la búsqueda interior de sí mismo.

Como lo expresa Marc-Alain Ouaknin, para volver a encontrar su palabra, el poeta “tiene que fracturar, romper, demoler las puertas del manicomio (...)”. Artaud comprende que, tras los muros del asilo, los sentidos metafóricos de sus palabras quedan coartados por la prisión y el sometimiento de la palabra hablada por la

institución social, materializada en Rodez. Pero Artaud se rebela a los significados de la palabra institucional y la conciencia común, al sentido impuesto desde el exterior. Como lo ha notado Jean-Michel Rey, el poeta empieza a construir “una especie de espacio interior —(...) un teatro íntimo de la conciencia— en el que las palabras puedan tener toda amplitud para voltearse, retomarse, poner a prueba sus recursos, (...) para desarrollar sus efectos y consecuencias”.

En esa interioridad, que no puede ser plenamente limitada por los confinamientos institucionales, bulle la posibilidad creativa, la libertad individual y el movimiento de la poesía. En ese lugar íntimo y vulnerable, opuesto al poderoso espacio cercado de la institución de salud mental, está la esperanza de encontrar la vida, la escritura, el nombre borrado y recobrado, la reapropiación del yo por debajo de las capas de confusión, violencia electroconvulsiva y los discursos de normalidad psiquiátrica.

Lenguaje interno y nuclear que se convertirá en lenguaje excéntrico, fuera de las convenciones y los significados asignados, de las nociones de la conciencia común que duerme atrapada en su alienación. Lenguaje de “ebulliciones internas”, de rebeldía reivindicatoria del genio y el delirio que, en el último periodo de la vida de Artaud, denunciará con notable potencia expresiva a una sociedad confabulada contra la conciencia de los visionarios e iluminados contrarios al conformismo de las instituciones.

Lenguaje que se rebelará contra los cimientos del discurso de la sanidad mental consensuada socialmente, una psiquiatría que “sólo tiene como recurso, para atenuar los estados más terribles de angustia y opresión humana, una ridícula terminología”, como Artaud lo manifiesta, un año después del alta provista por Ferdière, en *Van Gogh, el suicidado por la sociedad*: “Las cosas andan mal porque en este momento el mayor interés de la conciencia alienada es no salir de su enfermedad. Es así como una sociedad estropeada inventó la psiquiatría para protegerse de las indagaciones de algunos iluminados superiores cuyas facultades de profecía les resultaban molestas”.

¿Qué es un verdadero alienado?, se pregunta. “Es un hombre que elige volverse loco —en el sentido que se usa socialmente la palabra— antes que traicionar un pensamiento superior de la dignidad humana”. Desde la mente y el cuerpo desgarrados por las oscilaciones de su espíritu y su batalla contra el encierro y el exilio psiquiátrico como condena social, el poeta será liberado del internamiento psiquiátrico en 1946 y legará obras incendiarias y reveladoras como *Viaje al País de los Tarahumaras*, *Artaud Le Momo* o el mencionado *Van Gogh*. Artaud el exiliado morirá menos de dos años después de su salida de Rodez, como escribió a su amigo Jacques Rivière, luchando sin tregua por “abolir la distancia” que lo separaba de sí. ■■■